

Como señala el autor en el preámbulo del libro, él no se hace responsable del lenguaje “un tanto descomedido y las opiniones poco ortodoxas de los personajes que figuran en este relato. En cuanto a la manera que estropean el castellano, son ellos los únicos y exclusivos responsables”. No hay duda de que el lenguaje en algunas páginas es procaz y a veces hasta soez y hubiéramos preferido mayor pulcritud, pero paciencia, así habla el hombre de campo.

En cuanto al idioma español, Padilla conoce sus íntimos secretos y tiene un estilo castizo, salvo cuando lo pone en boca de los huasos. En este sentido lo único reprochable, fuera de lo que ya dijimos, sería el uso, o mejor el abuso, del galicismo “ancestro”, en lugar del adjetivo “atávico”, que es sin duda más propio y elegante.

Los ataques a la religión católica y al origen del hombre, proferidos por Don Judas Romero en sus conversaciones con Marcos Montiel, son duramente rebatidos por el administrador Silva: “—¿Usted cree, señor Silva, que los hombres descienden de los monos, como dice don Miguel (Don Judas)?”.

“Silva paró el caballo y dejó de mascar una ramita de pasto”.

“¿De los monos? ¡No, hombre, por Dios! ¿Cómo se le ocurre a ese viejo demente decirte semejantes tonterías? ¡No creas eso! Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza y le dio alma y espíritu; si no, sería un puro animal no más. El hombre debe ser honrado, tener ideales, ser un buen soldado, tiene que decir la verdad, trabajar y tener el espíritu puro. Eso quiere Dios que sea. Que tenga honor y decencia. Así debe ser un soldado de caballería. Al maldito viejo bribón y renegado del Romero, le falta un perno en el motor de la cabeza. ¿Cómo se le ocurre decirte esas cosas tan tontas? No le creas nada, ni en lo que reza; ese es un viejo maula. Cree que todo lo sabe y habla p'al mundo; eso sí, pa' hablar tiene harta labia, pero son puras guías y zapa-llos ná. Hace más caso de lo que te enseñe el preceptor. No le escuches al viejo Romero que es un puro hablantín y coilero. ¿De los monos? El puede que sea un hijo de mono, el viejo tunante” (págs. 102 y 103).

El mayor mérito de *Don Judas Romero* es haber explorado tan a lo vivo esa rica tierra de la zona fronteriza de Cautín.

F. A. B.

<https://doi.org/10.29393/At403-27EHFA10027>

Eliot el hombre, no el viejo gato, de ESPERANZA AGUILAR

El jurado otorgó el Premio Municipal de Ensayo de 1963 a un estudio realizado en el Centro de Investigaciones de Literatura Comparada de la Universidad de Chile y, por curiosa y simpática coincidencia, el año anterior lo obtuvo el Director, Roque Esteban Scarpa, con su universalmente celebrado trabajo sobre Thomas Mann; esta vez le fue concedido, también por unanimidad, a Esperanza Aguilar, auxiliar del laborioso y afamado Instituto y ayudanta del profesor Scarpa, cuando él regentó la cátedra de Literatura Comparada en la Universidad Católica. Ambos ejercían allí el magisterio docente por especial vocación y gran cariño al establecimiento, donde tan prestigiosos y experimentados maestros gozaron invariablemente del mayor respeto y admiración de sus discípulos. Al retirarse de la Universidad, Esperanza Aguilar disertaba en su clase sobre Thomas Eliot.

El jurado lo integrábamos tres escritores y un regidor inteligente y culto. A los cuatro nos inspiraba sólo el deseo de hacer justicia: había entre los concurrentes hombres de letras de los más distintos credos religiosos e ideologías políticas, pero, entre los 32 libros, todos concordamos en que el mejor era *Eliot el hombre, no el viejo gato*, de Esperanza Aguilar: cuaderno de 103 páginas, hecho con seriedad y escrito en lenguaje castellano inteligible, aunque no exento de algunas fallas. Los jueces consideraron dignas de especial mención otras dos obras de mucho mérito: *Las fronteras del realismo en la literatura chilena del siglo xx*, de Fernando Alegría, y *El criollismo en la literatura chilena*, de Homero Castillo.

La escritora laureada es joven, enseña inglés en un colegio particular y trabaja en el Instituto de Literatura Comparada de la Universidad de Chile. Ya desde el título de la obra premiada, se advierte que la autora tiene una personalidad muy original y sui generis.

En el estudio del poeta norteamericano Thomas Stearns Eliot, cuya obra ejerció poderoso influjo en la poesía inglesa, Esperanza Aguilar manifiesta un fino y agudo espíritu de observación y ha descubierto a través del numen de Eliot las vicisitudes del gran convertido, para quien "la vida es una constante búsqueda de la esperanza y de la fe" (pág. 8).

En una docena de capítulos breves y expeditos, la ensayista sigue el itinerario de la evolución religiosa del poeta: examina sin prejuicios, con tanto aplomo y elevado espíritu crítico la poética de Eliot, que el lector termina la obra y aún ignora cuál es el credo religioso de Esperanza Aguilar, no obstante su notoria simpatía por la actitud inquisitiva del poeta.

Compara la inquietud de Eliot con la del novelista Henry James; ambos escritores reconocen los dos poderes en pugna: el Bien y el Mal. Los primeros trabajos de Eliot como los de James, son "brillantes, ingeniosos, cínicos y felinos; ambos se sienten cansados, agonizan por el choque con la sociedad decadente, experimentan una represión proveniente quizá de su incapacidad de pasión, y no pueden evadirse de su tortura interior; pero se transforman, se occultan detrás de ese encantador monóculo" (pág. 8).

Mientras James se quedó "con la boca abierta ante su otro yo", Eliot hizo de "su vida una constante búsqueda de la esperanza y de la fe" (pág. 8). El poeta norteamericano, más visionario que el novelista, "vislumbró la existencia del bien"; su tensión, la misma de James, se acabó al hallar la fe religiosa sin mácula; y en la "capacidad misma del hombre para condenarse —dice la autora— encontró Eliot la prueba de fe que necesitaba para su paz" (pág. 8).

La conversión del poeta dramático fue lenta, eligió primero el dogma anglicano, porque le parecía más conforme con su esteticismo literario. "El formalismo de la Iglesia pareció, por instantes, nublarle la visión directa de Dios". En 1920 atacó al crítico Arnold porque éste identificaba la poesía con la religión y por haber proclamado que la "poesía debía escribirse con el alma, no con el ingenio". Más tarde reconoció en Arnold un migo y un maestro y aunque nunca el ingenio dejó de mano a Eliot, "se esforzó por escribir también con el alma" (pág. 9).

“La trayectoria espiritual es de progreso continuo, aunque no parejo; se refleja claramente en sus obras y tiene momentos críticos” (pág. 9).

En el “fastidioso y snob Prufrock”, personaje de su primera obra, Eliot se burla de sí mismo, pero en este héroe trágico, indiferente y mundano, encontramos ya el anhelo de comprensión; “sufre una agonía de idealismo, está torturado por deseos implacables y se sabe derrotado de antemano” (pág. 13).

Reconoce en el sensual “Sweeney” la posibilidad de lograr la espiritualidad. Eliot se inspira en las Tragedias Griegas y “Sweeney” es un Agamemnon. “Esta identificación no impide que el binomio espíritu-sexo sea un sufrimiento, y “Sweeney” es como Agamemnon un héroe trágico”.

Entre sátiras, burlas y desesperación, Eliot prosigue su derrotero y en “Gerontion”, personaje de otro de sus dramas, la agonía del poeta es doble, es sexual como la de “Prufrock”, pero también hay indicios de lo religioso.

“Teresias” no comprende aún que a través de la muerte se puede lograr la verdadera vida y no es capaz de negarse a sí mismo, por lo que no puede llegar a la redención” (pág. 37).

En seguida, en el “Hombre hueco” hay crítica y autocrítica por la carencia de acción y falta de voluntad para conseguir algo; el poema está dominado por el horror al infierno pasivo de la tierra, “infierno enormemente largo, espera de muerte, que quizá sea sólo otro infierno” (pág. 45).

Eliot, con su misma sátira e indiferencia se acerca rápidamente a la fe verdadera; en “Ariel” se eleva hacia las regiones de la luz, ha pasado el oscuro túnel de la incredulidad y ahora cree en la Encarnación; dice que “estaría contento de otra muerte”; tiene conciencia de su superioridad espiritual pero no acepta aún el sacrificio. “El paso siguiente al renunciamento total de Becket es inevitable” (pág. 53).

Cree ya en la humildad y en la negación de sí mismo y aparece en su poesía dramática la Virgen María corredentora: “la silenciosa hermana de velo azul y blanco entre los enebros, detrás del dios del jardín” dice Eliot (pág. 58). En Becket, héroe del Asesinato en la Catedral, el poeta avanza en su camino ascendente, acata la Voluntad Divina en la aceptación del martirio del héroe. Comprende el significado del sufrimiento.

En las últimas obras, Eliot prosigue más seguro en el logro de su anhelo, hasta encontrarlo definitivamente en “La Voz de los Cuartetos”. En el drama *The Cocktail Party*, se “hace más humano”. “Celia”, “capaz de iluminación total es la realización del anhelo del autor” (pág. 83). “La confianza en el hombre” es el “encuentro definitivo de su propio camino de salvación”. Halló “su jardín de rosas”, aquel que buscaba desde tanto tiempo y “trabaja en él con sus propias manos”. Finalmente, los poemas de “La Voz de los Cuartetos” ya no expresan “el tono desesperado de los primeros poemas, ni el angustiado y amargo de los intermedios” (pág. 93). El gran convertido busca a María, ya “que ella fue el medio usado por Dios para convertir lo eterno en lo temporal: Cristo Dios hecho hombre, también es posible que consiga lo contrario” (pág. 99).

En la última página, Esperanza Aguilar explica implícitamente el subtítulo de su ensayo: Eliot, en su “Libro de Gatos del Viejo Possum”, describe a

"Macavity, el Gato Misterio", y comenta la autora: "¿Dónde quedó este Gato indiferente, joven, pero viejo, sentado calmo e inescrutable, haciendo comentarios sarcásticos o amargos? Se fue quedando en el camino, abandonando de una en una las partes de su disimulación, tirando los trozos de su máscara pública, muriendo con el gradual sacrificio de su personalidad externa para aprender a vivir: "he sido liberado de aquel ser que pretendía ser alguien; —y al convertirme en nadie, empiezo a vivir—. Vale la pena morir, para descubrir lo que es la vida" (pág. 102). La conversión del poeta se consuma.

Es tan sugerente y evocador de los divinos misterios el libro de la joven escritora, que el crítico se resiste en reparar algunos galicismos y anglicismos que empobrecen su estilo: pero a una escritora de su magnitud no le podemos tolerar el uso del manoseado galicismo "en base a" ni del anglicismo "standard". Fácilmente pudo decir "con relación a los niveles", en la pág. 69.

La autora, con la mayor naturalidad, ha trazado una imagen muy singular y exacta del poeta Thomas Stearns Eliot; ella contribuirá eficazmente a un mejor conocimiento de la personalidad y de la obra del gran convertido norteamericano.

F. A. B.

Memorias de un Tolstoyano, de FERNANDO SANTIVÁN.
(2ª edición), Zig-Zag, 1963

La Editorial Zig-Zag acaba de publicar la segunda edición de las *Memorias de un Tolstoyano*, tal vez la mejor obra del novelista, escritor y periodista, Fernando Santiván.

El autor pertenece a la brillante generación de Mariano Latorre, prologuista de estas *Memorias* y jefe del Criollismo chileno; Rafael Maluenda y Eduardo Barrios, novelistas y cuentistas de justa fama, recién fallecidos, y Joaquín Edwards Bello, escritor universal, cronista recio de imaginación portentosa y crítico terrible y temido de la sociedad chilena de comienzos del siglo que vivimos.

Santiván ha escrito cuentos, novelas, crítica literaria y actualmente colabora en los diarios del sur, donde vive desde hace algunos años; por su dilatada labor literaria recibió el Premio Nacional de Literatura en 1952 y se le nombró miembro correspondiente de la Academia de la Lengua en Valdivia. Sus novelas señalan al observador perspicaz que, sin perderse en inútiles descripciones, va al fondo de las cosas y retrata con pluma maestra la realidad de la vida en las situaciones y personajes. En general sus obras tienen el sello característico de la personalidad romántico-dramática del autor, por lo cual en sus creaciones aparece latente la compleja existencia de Santiván. Sus novelas y cuentos manifiestan también su absoluta disconformidad con las injusticias sociales y, en general, tocan temas políticos y sociales: *El Mulato Riquelme* y *Ansia* son novelas de este tipo. "El mundo está mal organizado —dice Santiván— y hay que procurar arreglarlo. Por ese ideal lucharé toda mi vida. Quiero principiar por nuestra patria. Tenemos que destruir muchos prejuicios, principiendo por las castas sociales".